

# Guerra, amor y añoranza

Nelly<sup>1</sup>

## UN RELATO SOBRE LA INMIGRACIÓN A CUBA DE LA FAMILIA VICENTE-SÁEZ, NATURALES DE SALAMANCA, CASTILLA-LEÓN, ESPAÑA

Nos conocimos hace más de 40 años, en circunstancias –diría yo– poco comunes.

Fue a primera vista, los dos coincidimos en que es la única manera de enamorarse de veras.

Éramos jóvenes en aquella época. No pasábamos los 30. Atrás quedaron desaciertos matrimoniales, pero el hecho de tener hijos hacía que fuésemos muy maduros y responsables.

Él, buen mozo, inteligente, me deslumbraron sus múltiples facetas, piloteaba aviones, jugaba con éxito pelota vasca y hasta recibió clases de canto lírico. Yo, alguien diferente, como él asegura, “La de las mil y una noches”, una mujer con UNEF (*sic*), que él lo define, así como lo dice. Hacemos todavía una buena pareja, nos complementamos, y eso también es amor.

Ya avanzada la relación, fue cuando supe que era un inmigrante español. Tan “aplatanado” estaba por los años de vivir en Cuba, que sólo podía descubrirlo la rigidez desacompañada de sus movimientos al bailar la música cubana, algo que, en cambio, se da muy fácil para los nativos de este lugar.

Siempre ha rechazado molesto el golpe violento de las tumbadoras y bongoes, pero si éstos acompañan a una mulata rumbera, todo lo soporta por disfrutar el espectáculo que resulta de ver en movimiento el mejor invento galle-

<sup>1</sup> Desconocemos los apellidos de la autora (N.E.).

go: ¡la mulata! “Gallego”. Así se les denomina en Cuba a todos los españoles, de cualquier región de España que sean. También le gusta la cadencia de un guaguancó, rumba acompañada con sordas palmadas de influencia andaluza, y el repiqueteo en el cuero de los tambores, con las uñas largas y endurecidas de los negros y mulatos más viejos. Tiene preferencia por la música lírica y con orgullo hispano afirma: ¡eso sí que es música!, cantada por los mejores exponentes españoles: José Carrera, Plácido Domingo, Montserrat Caballé.

En el baile, Antonio Gades, y en la guitarra Paco de Lucía. Son sus preferidos, y también los míos. Sin contar a la Montiel y a Lola Flores, vistas con la mirada de la adolescente que yo era entonces, y ahora, la Rosario, que con lo heredado de su madre y lo suyo muy contemporánea y atrevida, me encanta.

Pero para que pudiéramos amarnos en paz en “la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto”, fue necesario que su abuelo don Cosme, natural de Bóveda del Río al Mar (*sic*)<sup>2</sup>, provincia de Salamanca, viniera a Cuba, en la etapa de la Guerra de Independencia, enrolado en el ejército como telegrafista. Era un hombre de paz. De esta manera, servía a su país sin verse obligado a quitarle la vida a otro semejante, que —luchaba por la libertad de su patria.

En esa misma época, mi abuelo José Dolores salía de su natal Santiago de Cuba, provincia oriental, lugar donde se han gestado todas las rebeliones de este pueblo. Atravesó la isla a todo lo largo, formando parte de las tropas del general Antonio Maceo, hasta llegar al extremo más occidental: la provincia de Pinar del Río, en la epopeya más grande de la guerra de independencia de Cuba, “La invasión”.

En Cabañas puerto de mar al Caribe, conoció a mi abuela, María Ramona, hija de asturianos, pero nacida en este propio lugar. Entre ellos surgió una pasión casi imposible entre un pardo cuarentón y una adolescente rubia hija del enemigo.

Fue necesario que terminase la guerra para que mi abuelo, ya con grados de coronel, volviera a buscarla y se la llevara, acción obligada dado que la familia obviamente no podía estar de acuerdo con esa unión.

Se instalaron en La Habana, para lo que José Dolores compró una casa en la hoy llamada Habana Vieja, que por supuesto, era el centro de la capital en aquel entonces.

Tuvieron seis hijos. Uno de ellos fue mi madre.

Pero no es la historia de un Romeo mambí y una Julieta pinareña la que quiero contar ahora.

<sup>2</sup> Bóveda del Río Almar, el río Almar es un afluente por la margen izquierda del Tormes (N.E.).

Don Cosme, por su parte, como la mayoría de los quintos deseaban, al terminar la guerra regresó a su terruño natal, donde la mayoría salieron en contra de su voluntad.

Así lo hace, y ya en España, se casa con una coterránea. Muy pequeña era, y siendo él muy alto a ella le decían “el bastón de Cosme”, cuando colgada de su brazo paseaban por la Plaza Mayor de Salamanca.

Sufrió Mónica la mujer de Cosme, muchos partos malogrados para al fin tener una única hija: Zoila. Era Zoila una niña todavía cuando su padre decide emigrar a Cuba. Buscaba prosperidad en un lugar conocido, dulce y cálido como nuestra tierra.

Tenían que pasar todas estas cosas para que Ignacio y Zoila, ambos nacidos en España, se encontraran en Cuba.

Ignacio por su parte llegó a esta isla huyéndole a “La mili” que espantaba de su país a muchos mocitos españoles. La Habana, la tierra prometida, fue el asentamiento que escogió.

Un paisano ya acomodado, lo ayudó. Comenzó como comenzaban todos de ayudante.

Era un negocio de dulcería. Un lugar elegante radicado en la calle Obispo, arteria principal de la hoy Habana Vieja. El número 99, puede verse todavía en el piso de la entrada de la edificación, grabado en una placa de bronce, legible a pesar del tiempo y las pisadas de los tantos que transitaron por aquel lugar en casi un siglo.

Prosperó a base de privaciones y ahorros, llegó a ser condueño del negocio. Compró propiedades, y entonces ya tenía lo suficiente como para formar una familia acomodada.

Hermosa y joven ella, maduro y honorable él, se unen en matrimonio.

Pasado algún tiempo, la añoranza de la tierra natal, siempre tirando fuerte, hace que regresen acompañados, como siempre estuvieron, de los padres de Zoila.

Viviendo en Salamanca tienen tres hijos, uno cada año: Ignacio, Zoila y Nacor.

El más pequeño tenía tres años cuando el fascismo se enardece, pidiendo sangre de los hombres de izquierda y una de las tantas víctimas fue el compadre de Ignacio, padrino de la niña.

Fuertes lazos unían a estos dos hombres, así que este hecho tan cercano le hizo temer aún más por la seguridad de él y su familia.

Las cosas empeoraban cada día. Al sorpresivo chillido de las sirenas, corrían por las calles con la incertidumbre que provoca el terror de verse expuestos sin protección alguna. Era largo e interminable el camino al refugio, así que Ignacio decide improvisar un lugar en el sótano de la casa donde

podían ocultarse de la muerte, que viajaba deprisa y sin destino fijo en aquellos penosos años del 38.

Dicen recordar una bomba que picó muy cerca en el amplio patio de la casa familiar, ubicada en el Paseo de Canalejas # 88 esquina a Pedro Cojos.

Se refugian en La Coruña, la casa estaba situada en las afueras de la ciudad.

No había recuerdos cuando comenzamos a hilvanar los hechos de esta etapa.

Pero bastó abrir una pequeña hendidura para que aparecieran imágenes dormidas en la memoria de los hermanos Zoila y Nacor.

—Había una playa, Riazor se llamaba y otra Santa Cristina...

El lápiz corre ahora garabateando notas para no dejar escapar detalles.

—Primero un tranvía y después una barca...

“Todo el viaje por el río no paraba de llorar del miedo”, confiesa Nacor.

La orilla del mar forma una herradura y en uno de sus extremos, unos pinares muy bellos.

—“Hacíamos castillos de arena, se dejaban al irnos no se derrumbaban. Es lo único de lo que me acuerdo”, dice Tata, que es como llaman a Zoila los de la familia.

Nacor asegura que en Puente de Ume se hacían carreras de motos. Aislados recuerdos, difíciles de ensartar en una historia auténtica pero incoherente.

—El parque de La Coruña era inmenso... Comíamos barquillos... parecían abanicos... y yo con mi porroncito, se me rompía uno y me compraban otro.

Un día me perdí, fui sola a llenar mi porrón en la fuente, el agua era muy buena, de manantial, al regreso no encontré a mis padres.

Llegué sola a mi casa, y ya pensaban en llamar a la policía, nadie se explicaba cómo pude atravesar con sólo cinco años la ancha avenida sin que me atropellaran aquellos carros que corrían a “toda velocidad”.

No sé en qué lugar, pero había árboles gigantescos, con merenderos en la copa y bancos para descansar y comer.

Me gustaban los percebes... eran ricos.

—“En un restaurante yo comí calamares”, dice Nacor

—“¿Calamares?, ¿Un niño de cinco años?, me parece raro”.

—“¿Por qué?, si tú comiste percebes, yo comí calamares”.

La finca de papá, era pequeña, un terreno llano, criaban cerdos.

No era muy lejos de la casa, como un kilómetro. Nos montábamos en ellos como robustos caballos, las piernas llegaban al suelo asegurando no caer en caso de que el animal se rebelase y decidiera huir.

Las primeras letras las aprendí con mi abuelo. Nos enseñaba a leer dibujando en los cristales empañados en el invierno. Me parece ver claramente sus dedos y sus manos muy grandes, así son las mías también.

Después de un año aproximadamente en La Coruña, emigran en el vapor “Magallanes” rumbo a Cuba nuevamente, dejando atrás el puerto de Vigo y a toda España.

En esta travesía se sentían relativamente seguros, pues un barco bajo la bandera española en su condición de país “neutral” no debía temer ser atacado por los submarinos alemanes, que merodeaban amenazantes por aquel océano oscuro y profundo.

Pero con la naturaleza sí que no hay pactos cuando ella quiere hacerse notar. Desea que la tengan en cuenta, que sepan que comparados con ella son diminutas las criaturas humanas y poco pueden contra su voluntad.

Y allí llegó la tormenta, con sus vientos muy fuertes, las olas altas, altas, muy altas, ¡que dan pavor!

Es fuerte el barco. Los niños no saben en realidad la magnitud del peligro, y ríen cuando el piano se desliza y va a parar al otro extremo del salón, donde Zoila, pequeña y delgada, descansaba sin apetito en un butacón. Corre el padre y la atrapa. ¿Por qué ocurrió?, nadie recuerda, ¿por qué no estaba asegurado el piano en un momento de tormenta?...

Pero no pasó nada, sólo el recuerdo vago. Los temores sólo acaban cuando acaba la propia vida.

—“¿Qué recuerdas del Magallanes?”, le pregunto a mi marido.

—“Un niño mayor que yo, disfrutaba con atemorizarme. Abría la pila del lavabo y me aseguraba que si él no la cerraba el barco se llenaría de agua y se hundiría sin remedio.”

Peleas por tratar de cerrar la pila y evitar la catástrofe. Risas burlonas, pequeñas crueldades infantiles.

Mi padre dio fin a todo eso. Me explicó “científicamente” porqué no podía ocurrir tal cosa, y viniendo de esta máxima autoridad que era mi padre, no creí más en aquellas tonterías.

Corría el mes de junio de 1940 cuando llegamos a Cuba.

Una espera larga, mucho tiempo parece a un niño de cinco años. Trámites burocráticos para poder jugar al fin al aire libre, en un país donde nunca hace frío de veras.

No debe de ser fácil dejar tu propia tierra, estabilidad económica, costumbres, cultura, amigos, el cielo, el olor a lo tuyo, para empezar de nuevo en otro lugar y llegar a sentirse a gusto. Pero ellos lo lograron.

Cubana es Ana, la hija más pequeña de Zoila e Ignacio. Cubanos los nietos, los bisnietos y los hijos de sus bisnietos.

Aquí todos tienen un abuelo “gallego”, así que no se pueden sentir extraños en una tierra donde todo lo español gusta y es bien recibido.

Pero poco disfrutó Ignacio de su familia y la prosperidad alcanzada después de duro trabajo. Muere de penosa enfermedad, dejando a Zoila con sus cuatro hijos, pequeños todavía.

Una guerra hizo que Cosme viniera a Cuba. Una guerra también obligó a su hija y a su familia a volver a Cuba.

Pero el amor se encarga de poner el toque de paz en las treguas de las guerras.

Muchos años después, Nacor, el menor de los varones de esta familia, cumplía con la “guardia obrera” en la puerta del Ministerio de la Industria Azucarera, donde laboraba como especialista en derivados de la caña, cuando llegó una muchacha trigueña preguntando por el director del grupo de teatro de aficionados que funcionaba en el último piso. Corría ya el año 1965.

Me encontré casualmente con Paco, quien hacía muy bien de gallego en sainetes criollos clásicos del gallego, la mulata y el negrito. Formábamos parte de los tantos actores aficionados que existían en aquella época.

Me propuso cubrir un papel vacante en una obra de Eugene O’Neill, dramaturgo norteamericano.

Por ese motivo es que llegué a las puertas del Ministerio, que era el lugar donde se efectuaban los ensayos.

Me entrevisté con el director del grupo, le gusté, me aceptó y comenzó a explicarme la trama.

Se trataba de un matrimonio con serias rivalidades profesionales, pero se aman intensamente. Ofuscados por la soberbia ambos buscan el amor en otra pareja, pero sin éxito alguno, y ya en el acto final, los protagonistas se reencuentran en un tempestuoso diálogo amoroso, que justifica el nombre de la obra “Ligados “.

El director, ansioso de comenzar me conmina:

–“Ven, Nelly, te voy a llevar para que conozcas a Michael”, nombres de ambos personajes protagónicos (*sic*).

Bajamos hasta la puerta de entrada del edificio. Allí de guardia estaba Michael.

Conversamos mucho, su guardia aún no terminaba y a mí se me fue el tiempo de tal manera que olvidé totalmente un compromiso que debía cumplir...

No necesitamos muchas cosas para casarnos, lo hicimos ese mismo año. En esa fiesta había sólo dos invitados: él y yo.

Me compró un bello anillo de platino y brillantes, y yo quise que el suyo llevara una inscripción inolvidable. Elegí el más bonito y ancho, apropiado para su mano grande y fuerte. Por dentro grabada una sola palabra “Ligados”, y una fecha, 1965.

Ahora más que nunca mi marido y yo estamos “Ligados”. Nos llevamos muy bien a pesar de las discusiones cotidianas por cualquier nimiedad, señal evidente de que algo hemos envejecido.

Tenemos dos hijas mellizas y dos nietos que refuerzan nuestra unión.

Y acusada como estoy de no ser todo lo cariñosa que él desearía, a pesar de que me preocupo y me ocupo al máximo por él y por los míos, tuve la oportunidad entonces de escribirle esta nota que surgió en la deliciosa inspiración de un amanecer y lo titulé:

### Mejor ahora

Mejor te digo ahora que te quiero  
Si no lo digo ahora, será tarde  
Cuando me vaya de prisa  
Pero aún ¿qué será de mí si te vas sin oírlo?  
No me perdonaré por no decirlo a tiempo,  
Y sin embargo se me pasan los días  
Una y otra vez y no te lo digo.

Después de toda una vida ausente de España, y con recuerdos vagos e imprecisos, recibe una invitación cumplimentando el “Plan Añoranza”.

Partió junto a su hermana en un viaje inolvidable al pasado, rebuscando recuerdos. Muchas expectativas y emociones.

Ya en el Paseo de Canalejas y Pedro Cojos muy diferente es todo.

La manzana es ocupada ahora por un edificio de ocho plantas y en los bajos un supermercado. Sólo queda en pie algo de antaño: arrinconada en una esquina, una vieja edificación de dos plantas. Y la gran avenida que prácticamente terminaba allí, ahora se extiende muchas cuadras más allá, poblada de edificios altos y un tráfico notable.

La Catedral impone como un reto a la técnica de poleas y sogas. La Plaza Mayor majestuosa.

Callejuelas con rincones que guardan historias.

Todo el ambiente evidencia la influencia romana, y el puente desafiando el tiempo, iluminado en la noche ¡es una belleza! Cuento esto como tantas cosas que he visto por sus ojos.

–Si pudieras tú verlo, cuánto disfrutaríamos...

Andar de tarde, en verano, todo muy pulcro y bello.

Hacer escala en cuanto rinconcito encontremos, una “caña” y una “tapa” aquí, y otra más allá.

Una empanada de chorizo, soberbia, con vino Rioja...

Y así sueña, con volver...

El día anterior al regreso a Cuba les dieron una despedida en el Ayuntamiento.

Como constancia de aquel momento en el que culminaba el “Plan Añoranza”, todos firmaron el libro de visitantes distinguidos, eran en total quince, tres de Cuba y el resto de Argentina.

Al día siguiente, todos los periódicos hicieron una reseña del acto.

“El País” se refirió a este hecho de esta manera:

“Junto a las solitarias firmas el cubano Nacor Vicente escribió: “Dejo mi corazón en Salamanca, sólo superada en belleza por el corazón de su magnífica gente”.

A su regreso es, sorprendentemente, ¡español!

Todo era mejor allá. Sus gustos, españoles, Salamanca lo más bello que ha visto, convencido está. Muestra fotos postales para reafirmar lo que asegura con énfasis.

Parece olvidar lo contado, y se deleita como si fuera la primera vez que nos relata lo vivido.

Para al final concluir asegurando con nostalgia:

—Ahora que he visto tanta cosa bella, ¡ahora sí que tengo añoranza de Salamanca, y de España toda!